

Crónicas del Cajón del Maipo

Una Aventura en el Tupungato...

Segunda Parte: los arrieros

**Prof. Roberto Román L.
Universidad de Chile**

La semana pasada dejamos a la expedición de Manuel Muñóz Tapia y sus amigos camino al Tupungato. Nos relataron como un cóndor había atacado y matado un vacuno. Ahora se dirigen a los baños del Tupungato en busca de un buen lugar por donde abordar la ruta hacia la cumbre.

Desde los baños del Tupungato los cuatro miembros de la expedición enfrentan el cajón que los conducirá hacia lo alto. Por ese cajón siguieron, hasta llegar a un lugar donde se detuvieron a descansar. Sigamos el relato de Manuel Muñóz:

"El Tupungato, imponente baluarte que como un centinela emerge por sobre todas las demás cumbres, aparecía cubierto por las nubes que lo envuelven todas las tardes. En mi deseo de comprobar cuanto antes la imagen que tenía de él, seguí caminando a pie hasta que un río me obstruyó el paso y hube de regresar. Subí a una loma para esperar a la tropilla que ya venía en marcha. Un momento después, como esta se detuviera y el arriero usara las manos sobre los ojos a guisa de visera para escudriñar el cielo, fui a su encuentro y al preguntarle que ocurría, me contestó:

-Va a caer agua patrón, y no me atrevo a cruzar el 'Mal Paso' lloviendo, porque es peligroso-

Como a los arrieros no debe discutírseles, porque su intuición de baqueanos siempre los hace estar en lo cierto cuando anuncian un cambio atmosférico, le pregunté:

-¿Qué hacemos- Y él, que era hombre de pocas palabras, me respondió: - Acampar allí-

Y con la mano me señaló unas vegas en un bajo donde podían pastar los animales. En este sitio nos dispusimos a instalar nuestro campamento, y antes de que termináramos de armar las carpas, la lluvia se hizo presente en forma por demás copiosa."

En las vegas donde acampó Manuel Muñóz y sus compañeros se encontraba otro arriero, Exequiel Ortega. Él era uno de los arrieros míticos del Cajón del Maipo.

Conocía a la Cordillera como el patio de su casa. Lo conozco solo a través de un par de fotos, donde la mirada pícaro y el sombrero ladeado dan cuenta de una personalidad que tiene que haber sido maravillosa. Por lo demás, la abundancia de Ortegas por el Cajón del Colorado, muchos de los cuales deben ser sus parientes directos, dan cuenta de una familia con profunda raigambre en la tierra. El día siguiente, después de acampar, la expedición siguió su ruta hacia el Tupungato, ahora acompañada de Exequiel Ortega:



1. Exequiel Ortega, en su amada montaña. Foto de aproximadamente 1940

"El día Viernes iniciamos la marcha hacia las Vegas del Tupungato; las 'Vegas de los Flojos', como las llama Ortega, porque según él decía, 'hasta aquí llegan los flojos que no se atreven a hacerle pelea al cerro'..."

...Con su comunicativa cordialidad consiguió una extraña intimidad conmigo, y esto nos permitía hablar como viejos camaradas de nuestras correrías en la cordillera. Me contaba las suyas con otros andinistas que ya le habían hablado de mi persona. Medio cohibido, me confesó el interés que tenía por conocer al 'Peladito Muñoz'..."

...La ruta por la cual caminábamos era un sendero apenas demarcado por sobre una cornisa de rocas que sobresalían en un farellón, a cuyo lado impresionaba el abismo formado por el cajón del río que serpenteaba a más de cien metros de nuestros pies. Después de cruzar un desfiladero, nos enfrentamos con 'El Mal Paso'. Nunca un nombre fue puesto con mayor propiedad, porque aquello era tan tremendo, que solo por un prodigio se podía atravesar. Había que bajar por un paredón casi vertical hasta el lecho del río Colorado, cuyo curso seguíamos, luego cruzarlo y sortear el flanco opuesto. Era sorprendente ver como las mulas se descolgaban con extremada pericia por ese despeñadero para bajar a la ribera y, enseguida, vadear el río para trepar por

una escarpada ladera de accidentado terreno cubierto de piedras, muchas de ellas sueltas y amenazantes. Había momentos en que el sendero no daba sensación de seguridad; al parecer era un obstáculo difícil de salvar. Entonces la mula se detenía sola, enarcaba las orejas y las movía para ambos lados. Luego olfateaba a su alrededor, y, adelantando cuidadosamente una de sus patas, no la asentaba hasta que no estaba segura que pisaba firmemente. Lo mismo hacía con las demás extremidades, y no reanudaba la marcha hasta no tener la certeza que pisaba en terreno firme.

Una vez que cruzamos el río, a cuyo lado opuesto estaba Ortega con su lazo pronto para auxiliarnos, él partió adelante, marcándonos la huella que debíamos seguir. Había momentos en que nos hacía detener, y bajándose de su cabalgadura, sacaba un 'chucito' de su montura y con él escarbaba alrededor de las piedras que quería hacer rodar o sacar del camino para que este fuera más expedito para nosotros..."



2. Campamento en el Cajón del Maipo, hacia 1930

Manuel Muñoz nos deja múltiples testimonios de la interesante personalidad de Exequiel Ortega y de don Hernán Fajardo. Como amante de la montaña, también le fascinaba la personalidad de los hombres que en ella habitan. Poco más adelante nos deja un hermoso testimonio de una aventura que le sucedió en la nieve a un antiguo arriero de El Volcán, "Ño Gabito":

"Peñas bravas he tenido con los temporales en la cordillera patrón, pero ni una como la que sostuve cuando años atrás venía de la otra banda con una tropilla de veinte bestias. En medio de la cordillera se nos puso a nevar y no podíamos volvernos porque estábamos más cerca de este lado. La cosa se iba poniendo fea y empecé a apurar las mulas para llegar cuanto antes a una casa e pieira pa defendernos de la tormenta. Mi compañero venía medio apunao y se sentía tan mal que tuve que amarrarlo a la silla de la mula pa que no se me cayera, porque si lo atendía a él, no nos salvamos ni uno de los dos. Poco a poco la nieve fue engruesando y había casi un metro y nos faltaban más o menos cuatro leguas pa llegar a la casa e pieira. Era la única parte onde teníamos un

reparo y también leña pa hazel juego; porque los arrieros siempre acostumbramos a dejar leña en esas casas pa calentarnos. Las mulas, toas miedosas por el temporal, no querían seguirl y tuve que apeguarlas, y montándome en una d'ellas la espueliaba hasta sacarle el jugo, apechigándole a la nieve pa abril huella, y luego la cambiaba por otra. Y así estuve trece horas pa recorrer esas cuatro leguas q'en un tiempo sin dificultad las habíamos andao en una media hora. Por fin conseguimos llegar a la casa e pieira. Mi cumpa estaba que las entregaba, medio helao. Luego que encendí juego los desnúé completamente y lo agarré a azotes hasta que lo hice golver; después lo vestí y con el calorcito e la fogata golvió deveras.

Estuvimos diez días encerraos en esa casa e pieira, porque la nieve subió una porción de metros. Durante los primeros días era una compasión sentir como se quejaba mi compañero de los dolores de la azotaina, y también daba pena ver los pobres animales dándose guelta en el corral que ellos mismos habían formao pa defenderse de la nieve, comiéndose las crines unos a otros de purita hambre.

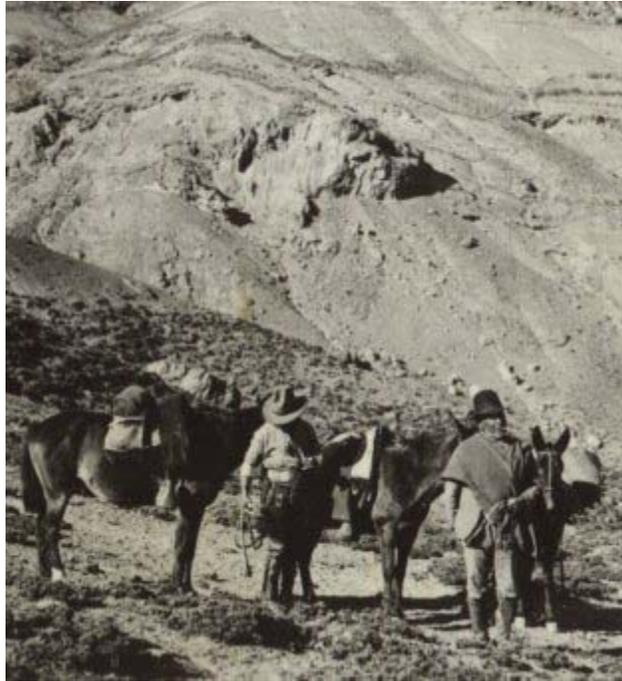
A la más regalona, mientras teníamos que comel, le daba pedazos de tortilla, pero espués se nos acabó la comía y el hambre era tan tremenda que casi no la aguantábamos.

El último día, con mucha pena, me había dispuesto a matar una mula pa tener que comel, pero la Providencia se apiadó de esa pobre bestia, dejando cael una fuerte lluvia que arrastró con muchísima nieve y puímos hacer una huella y salil dei con vía.."

Este relato, auténtico, nos da una clara imagen de las duras condiciones que los hombres de nuestras montañas suelen encontrar.

Existe otro arriero que también legendario, se trata de José María Castillo. Era el bisabuelo de mi amiga Maite González. Al verlo en fotos, se trata de una personalidad diferente a Exequiel Ortega. Me lo imagino más callado y reposado, con una mirada fija en la lejanía y en el cerro.

Sobre este arriero y la continuación de nuestra aventura, seguiremos el relato la próxima semana.



3. Don José María Castillo liderando una expedición hacia 1930



4. Tropillas de arrieros en la nieve el año 2003